

actividad”⁴. Las formas en que la recepción de esta obra cobre o no impacto en el ámbito académico o fuera de él quedan, por supuesto, aún pendientes.

ELBA SÁNCHEZ ROLÓN
Universidad de Guanajuato

IKER GONZÁLEZ-ALLENDE, *Líneas de fuego. Género y nación en la narrativa española durante la Guerra Civil (1936-1939)*. Biblioteca Nueva, Madrid, 2011; 265 pp.

Iker González-Allende establece en este libro la relación crítica entre el género sexual y la identidad nacional, continuando una conocida línea de trabajo que se había iniciado en las dos últimas décadas del siglo pasado en firmas de la talla de Lou Charnon-Deutsch, Jo Labanyi y Roberta Johnson. En sus respectivos proyectos de investigación, estas distinguidas hispanistas habían demostrado la existencia de un corolario ideológico entre la representación de la mujer y la identidad nacional en la producción literaria de los siglos XIX y principios del XX en España. González-Allende recoge este testigo crítico y partiendo de una premisa teórica que reconoce la simultaneidad con que se asocian proyectos nacionales y de género, argumenta que “a pesar de las diferencias ideológicas entre los republicanos y los sublevados, los dos grupos compartieron una concepción tradicional de las funciones asignadas al hombre y a la mujer en ese momento de crisis nacional” (p. 16). González-Allende no limita el alcance de su análisis a una mera identificación de la coincidencia de estereotipos sexuales en la idea de España que defendían republicanos y rebeldes. En este sentido, el autor añade que “en las cuestiones de género, los textos de las dos ideologías contradicen de manera velada el discurso oficial que teóricamente representan” (p. 16). El prestigio y relevancia de los pretextos que le ofrece la crítica peninsular moderna justifica a todas luces la continuidad del argumento de González-Allende en relación con la narrativa de la Guerra Civil de 1936-1939.

El libro está organizado por una introducción, dos partes divididas en tres, dos capítulos y la conclusión. La primera parte se titula “Feminidades y nación” y la componen los tres primeros capítulos. En el capítulo primero, González-Allende se dedica al análisis de la representación de la madre en *Una mujer sola* (1939), de la franquista Ana María de Foronda, y *Su línea de fuego* (1938-1940) del republicano Benjamín Jarnés. Para González-Allende, Foronda y Jarnés coinciden

⁴ JOSU LANDA, *Canon city*, Afínita, México, 2010, p. 12.

al representar la imagen sufriente de la madre como una alegoría nacional (p. 48). En el capítulo segundo, se enfoca en la figura de la novia en *Retaguardia: imágenes de vivos y de muertos* (1937), de la falangista Concha Espina, en contraposición con *Río Tajo* (1938), del comunista César M. Arconada. El autor considera estas dos obras “ficciones fundacionales” de la nueva nación, apoyando su argumento en una conocida tesis de Doris Sommer en relación con la novela latinoamericana del siglo XIX (p. 87). González-Allende cierra esta primera parte con el capítulo tercero, dedicado al examen de la enfermera, una protagonista esencial de los conflictos bélicos del siglo XX. En el capítulo contrasta *Mientras allí se muere* (1938, 1941), de la republicana Ernestina de Champourcín, con *Así empezamos: memorias de una enfermera* (1939), de la carlista María Rosa Urraca Pastor, para argumentar que, en su representación de la enfermera, ambas autoras reproducen y contradicen los papeles tradicionales asignados a la mujer (p. 127).

La segunda parte se titula “Masculinidades y nación” y la componen los capítulos cuarto y quinto. González-Allende estudia en el capítulo cuarto la representación del héroe-mártir en *Eugenio o proclamación de la primavera* (1938), del falangista Rafael García Serrano, y la narración “Los cuatro”, que el socialista Antonio Sánchez Barbudo incluye en *Entre dos fuegos* (1938). El objetivo es demostrar que republicanos y falangistas compartieron ideas muy semejantes en cuanto al papel que desempeña la masculinidad normativa en la construcción nacional. González-Allende señala que estas obras también muestran ciertas contradicciones y fisuras con respecto al discurso de género que defienden, como el “homoerotismo y homoafecto entre los soldados, el temor ante la batalla, y la participación en la guerra por motivos no siempre altruistas” (p. 157). En el último capítulo se investiga la demonización del soldado enemigo en *El infierno azul* (?1938?), del republicano Isidro R. Mendieta, y dos obras del falangista Jacinto Miquelarena: *Cómo fui ejecutado en Madrid* (1937) y *El otro mundo: la vida en las embajadas de Madrid* (1938). Según González-Allende, “los dos bandos desarrollan una masculinidad paradójica al referirse al enemigo, ya que, por un lado, se le describe como bárbaro o animal, incapaz de controlar sus instintos, y por otro, como cobarde y afeminado” (p. 197).

En la conclusión a su estudio el autor puntualiza los elementos más sobresalientes del argumento y deduce que las contradicciones que ha identificado en estos textos, “demuestran que los discursos oficiales, que ostentan unas concepciones homogéneas de género, no siempre son capaces de impedir que se manifiesten dentro de ellos la heterogeneidad de los múltiples modelos de masculinidad y feminidad que coexisten en la realidad social” (p. 242).

Uno de los muchos aciertos de este libro radica en la elección de su objeto de estudio, un corpus literario escrito por hombres y muje-

res que el autor considera representativos de las fracciones políticas de los dos bandos enfrentados, y que se había desarrollado de forma paralela al conflicto bélico. González-Allende señala con razón que la narrativa escrita durante la Guerra Civil ha recibido escasa atención crítica con base en una supuesta función propagandística que cuestionaba su calidad literaria (p. 28). Por el contrario, el autor entiende que las novelas, novelas cortas y relatos objeto de este estudio, aportan información muy relevante al papel que desempeñan los modelos de género sexual en la construcción del ideal nacional que defendían republicanos y sublevados. De hecho, el que estas narrativas se produjeran de forma sincrónica a la crisis nacional que supuso la Guerra Civil de España, apunta precisamente a su importancia cultural en el argumento que el crítico quiere demostrar. González-Allende hace, para ello, un detallado trabajo de interpretación textual y visual en el que la lectura atenta de estas obras y el análisis semiológico de las ilustraciones que las acompañan se complementan mutuamente, lo cual constituye otro de los aspectos más atractivos de su trabajo. Asimismo, es necesario mencionar el impresionante ejercicio de contextualización bibliográfica que González-Allende lleva a cabo en la introducción a su estudio, de gran un valor tanto pedagógico como heurístico.

Quizás fuera conveniente que el autor explicase en el capítulo primero los mecanismos por medio de los cuales se produce el complicado proceso de significación alegórica en relación con la representación de la madre y la nación. El libro en general, y el capítulo tercero en particular, se beneficiarían de un análisis más extenso de la afinidad temática entre la novela de Champourcín y la colección de poemas en prosa de Carmen Conde, *Mientras los hombres mueren* (1938), la cual sólo se menciona de forma tangencial en una nota a pie de página (p. 142, n. 17). En lo referente al género sexual, el autor demuestra la existencia de una retórica similar en los dos bandos enfrentados durante la Guerra Civil de España, y también señala que cada uno de ellos “mantenía una concepción distinta de su ideal de nación y de las características que la configuraban” (p. 38). Sin embargo, estos rasgos no se muestran (o no se encontraron) lo suficientemente matizados en el estudio de González-Allende. Sería necesario, por lo tanto, que para ofrecer una visión más completa de la cuestión nacional respecto a la diferencia de género, el autor hubiera incluido en su análisis referencias más precisas a la oposición secular entre centralismo y federalismo, una tensión ideológica que determinaba el modelo de definición nacional para rebeldes y republicanos. Entre las tesis que cebaron *ad nauseam* el golpe militar del 18 de julio de 1936 destaca, precisamente, la acusación de la derecha de que la Segunda República propiciaba un modelo de estado que atentaba contra el principio inviolable de la unidad nacional de

España. El argumento del libro habría mejorado al prestar atención a las divisiones que manifestaba la izquierda republicana en relación con el mismo asunto. Esta división se evidenciaba, incluso, en la afiliación ideológica a un mismo partido. Recordemos, por ejemplo, al socialista Francisco Largo Caballero, defensor de los derechos de los trabajadores y de la revolución social, frente a la postura mucho más moderada de Indalecio Prieto. En esta tensión, en las filas del socialismo español de los años treinta, entraba en juego la transformación radical de las estructuras del Estado, ya que la postura de Largo Caballero convertía a España en una República Federal de trabajadores, coincidiendo en este caso con los postulados políticos del nacionalismo catalán republicano. Asimismo, el anarquismo era un segmento importantísimo para las fuerzas republicanas, que González-Allende excluye de forma explícita de su análisis, con base en que los textos objeto de su estudio “defendían al gobierno republicano” (p. 39). Con esta exclusión, González-Allende pierde otra oportunidad excelente de explorar las contradicciones ideológicas que interesan en este libro. El anarquismo no sólo participó brevemente en el gobierno de España en noviembre de 1936 –un momento decisivo en el desarrollo del conflicto bélico–, sino que desde ese mismo año aparece asociado de forma sistemática a los gobiernos de la Generalitat catalana. Por otra parte, como se sabe, pese a su oposición teórica a las estructuras de poder, el anarquismo ibérico reprodujo en la práctica los esquemas más excluyentes del machismo y la homofobia, dos de los instrumentos más eficaces de dominación patriarcal y de la violencia simbólica.

Quizás estos problemas se deban a la ambigüedad inherente al término “nación” en relación con la excesiva tristeza de la hipérbole, el tropo que por antonomasia prevalece en el lenguaje de la Guerra Civil de España. Así nos lo recuerda una de las voces narrativas de *Los girasoles rotos*, el tristísimo libro de Alberto Méndez, cuando asegura que “Tampoco entendíamos qué significaba todo aquello, pero como todo el lenguaje era hiperbólico, Cruzada quería decir guerra, rojos significaba demonios, nacional quería decir vencedor...” (p. 145). En cualquier caso, el debate en torno a la definición nacional de España, junto al cuestionamiento de los modelos tradicionales de género sexual que provoca la lectura de este libro, convierte el trabajo de González-Allende en referencia necesaria en futuros proyectos de investigación en el campo de los estudios peninsulares del siglo XX.

ENRIQUE ÁLVAREZ
Florida State University